

Y ES POR ESO QUE TU NOMBRE ES IRENE

Chester Copperpot

La gratitud es la memoria del corazón

Lao-Tse

La tarde antes de que vinieran a buscarlo,
mi abuela le dijo, junto a la lumbre,
que estaba encinta. Fue la única vez
que mi abuelo lloró. Le rozó las mejillas
con esas manos de seda y esparto
que lijaban la herrumbre de la vida,
y le dejó en la frente
un beso que los años harían cicatriz.
Luego extrajo de la talega su navaja
(con dos lunas llenas por ojos y otra
creciéndole en los labios)
y grabó en el ladrillo más alto del hogar
cinco letras mayúsculas.
Así se llamará si es niña— dijo a mi abuela—
que asintió y completó la luna con su boca.

Esa madrugada se llevaron a mi abuelo

a punta del mayor de los espantos;

dos truenos y se hizo silencio la dehesa.

Mi abuela siempre mondaba la naranja entera,

de una tirada; sacaba los gajos de uno en uno

y me los ponía dentro de un bol,

luego, con la navaja de mi abuelo,

rizaba la piel hasta hacerla un acordeón

y la echaba al perol del café hirviendo

hasta que aquel aroma cítrico y torrefacto

llenaba cada estancia de la casa.

Los veranos más hermosos que recuerdo huelen

a café de naranja.

Mi abuela tuvo tres nietos varones

y aunque siempre nos dijo que éramos

la mayor alegría de su vida,

andaba muchas veces a bromas con mi padre

diciéndole que cuándo iba a cumplirse

lo que a navaja estaba escrito. Yo no entendía
muy bien de qué hablaban.

A ella la recuerdo siempre igual que a un olmo
en medio de una plaza,
rodeada de todos los que buscamos sombra,
pero sola una vez que el sol se apaga.

El primer día de las vacaciones,
después de esos abrazos que sólo da una abuela,
nos ponía de espaldas contra el marco
de la puerta de la cocina y señalaba
con una muesca hecha a navaja nuestras alturas.

¡Vaya estirón! —decía—

de que acabe este mes no pasáis por el dintel.

Y no había de faltarle razón.

.....

Pero le faltó. Un día, ya vieja,
a mi abuela la fueron poco a poco
secuestrando sus recuerdos, y el hielo
de sus ojos ya no se derretía
con besos ni caricias.

En su último verano, ya hace diez,
le regaló a mi padre su preciada navaja,
y tu abuelo, cuando naciste, me la dio a mí.

Hemos venido a la casa de tu bisabuela
a colgarla del llar, junto a la chaira
y la trébede; es ese su sitio,
a la altura del ladrillo más alto del hogar,
donde hace muchos años,
justo antes de que la paz gritara,
tu bisabuelo grabó a navaja,
en la pared de nuestros corazones,
cinco letras mayúsculas
que a él le negaron y tú tienes para siempre.

La vida pone su mayor empeño en vivir.

Y es por eso que tu nombre es Irene.